



**TRANSICIÓN DE LA ORALIDAD
A LA ESCRITURA**

Apodos en Zapatoca

Por Cindy Paola Gómez Prada

Escuela de Comunicación Social
Universidad del Valle

Los apodos en Zapatoca:

Transición de la oralidad a la
escritura.

Los apodos en Zapatoca: transición de la
oralidad a relatos escritos.

Trabajo de grado.

Escritos, diseño y diagramación
por Cindy Paola Gómez Prada.

Dirigido por

Alejandro Ulloa Sanmiguel.

Escuela de Comunicación Social.

Unversidad del Valle.

Cali, Marzo de 2019.

*Para mis padres, quienes hicieron
de estos relatos su propia causa e
investigaron en aquellos recovecos
donde la distancia no me dejaba
explorar. Y, por supuesto, para mi
abuela Inés, eterna inspiración y
fuente inagotable de historias.*

Tabla de contenido

Prefacio.....	7
Orígen de Zapatoca y nacimiento de los apodos.....	11
Los apodos en la escritura.....	16
La búsqueda de relatos.....	19
Manual para entrevistas.....	22
Historias de los apodos.....	25
Acevedo Guamero.....	27
Acevedo Guáimaro.....	30
Ardila Machucamuertos.....	34
Díaz Marinilla.....	38
Durán Mochocoro.....	42
Gómez Mechos.....	46
Gómez Pintuco.....	52
Gómez Traviesos.....	56
Guerrero Pote.....	59
Pérez Ta' que timbra.....	63
Prada Huevero.....	66

Rueda Cazafaras.....	69
Rueda Chiques.....	74
Rueda Consentidos.....	78
Rueda Minuto.....	81
Rueda Muleto.....	85
Rueda Pela'os.....	90
Rueda Pelusa.....	94
Rueda Tronera.....	99
Serrano Chochagrande.....	103
Notas al pie.....	107
Bibliografía.....	108

Prefacio

En la intersección entre las cosas que podía considerar interesantes en mi experiencia y aportes que pudiera hacer a alguna parte del planeta, recordé las largas conversaciones con mi abuela cada tarde de domingo cuando, después de cada misa de cuatro de la tarde, íbamos por un helado. Nos sentábamos en la salita, la una frente a la otra, mientras las historias fluían y los espacios se anegaban de sombras nocturnas. Esa pequeña que era yo, llena de porqués, preguntó alguna de esas tardes por su apodo, que era igual a una marca de pintura y, en efecto, estaba relacionado porque hubo, dentro de los negocios familiares, una ferretería donde vendían dicha marca. Desde entonces, nos identificamos como los Gómez “Pintuco”.

La fascinación por la historia no se dio sólo por conocer algo más de mi familia, o el hecho de que un tío alguna vez haya vendido pintura, sino porque detrás

Los apodos en Zapatoca

de cada una de las líneas familiares que habitaban el municipio existía un apodo y, detrás de él, una historia que era probablemente desconocida por los chicos que, como yo, nunca los usamos para llamarnos los unos a los otros. ¿Quién sabe qué otras historias están guardadas en las mentes de los abuelos? Con esa pequeña iluminación de último momento, comencé a estructurar este trabajo.

Esta vez me apasionaba el tema que estaba tratando, tal vez porque desconocía muchas de esas historias y ello me implicaba una búsqueda o, probablemente, porque era un tema tan sentido, tan propio, que me sorprendía poderlo tratar desde mi propia universidad, al otro extremo del país. Así mezclo mis raíces y mi porvenir al hacer el enlace entre la historia de las familias que habitan mi lugar de origen en una construcción a la que puedan acudir todos, tanto mis coterráneos como gente externa, cuando la simple curiosidad o la búsqueda de una historia los haga querer descubrir por qué, en el municipio de Zapatoca, cada familia lleva consigo un apodo.

Además de la pasión personal, suficiente por sí misma para el comienzo de la investigación, otra inquietud vino a colación. El municipio de Zapatoca pasa por una transformación en sus gentes gracias, probablemente a los fenómenos migratorios. Por ello, la necesidad de identificar a esos homónimos, antes usuales, va desapareciendo de sus vidas. Es probable

que el paso del tiempo desvanezca tanto los apodos como las historias que les dieron vida. No podría estar segura de que haya tanto material para investigar estos fenómenos en un futuro, cuando todos los abuelos y las historias, que viven con ellos, mueran. Además, es un trabajo que no se ha realizado en el municipio con antelación y precisamente ahora, cuando la preponderancia de las redes sociales y el surgimiento de nuevas formas de comunicación ha reformulado lo que conocemos como medios, hay un aliciente en el reto de llegar a los jóvenes del municipio con las historias de su pasado.

Dado que la cantidad de clanes es muy amplia y el fenómeno sucede, según parece, hace más de cien años, es importante aclarar al lector el alcance de estos escritos. Aunque sería de gran valor hacer una historia sobre todos los existentes, es necesario acortarlo a los apodos que se hayan conservado en estas últimas cinco décadas y, por lo tanto, tengan personas que los puedan contar. Por ello no puedo decir que estarán todos los apodos sino que serán historias en torno a los orígenes de estos.

Aunque ya he hecho introducción sobre las historias que trataré y su procedencia, es importante hacer algunas precisiones sobre lo que, espero, quienes lleguen a esta lectura encuentren en el trabajo. Si bien voy a abordar los relatos contados por las personas que, generosamente, decidieron regalarme un retazo

Los apodos en Zapatoca

de su historia familiar, pretendo no desprenderme de mi propia voz a la hora de afrontar el reto de realizar la construcción de estos relatos. Por ello, aunque conservaré la esencia de lo contado por los entrevistados y la oralidad de éstos, que aporta un contexto necesario para la comprensión, me tomaré en los relatos libertad creativa para ofrecer mi propia visión del regalo que he recibido de todas las voces escuchadas sumándoles la mía propia, en posición de escucha, narradora, coterránea y acreedora de algunos de los apodos que conocerán al continuar con la lectura.

Origen de Zapatoca y nacimiento de los apodos

Zapatoca es un pueblo santandereano, ubicado a 68 kilómetros de Bucaramanga, capital del departamento. Fundado en 1743 por el presbítero Francisco Basilio de Benavides y Melchor de la Prada, este pequeño asentamiento español nació como vice parroquia y paso comercial de mercancía para importación y exportación. (Alcaldía de Zapatoca- Santander, 2016) Sin embargo, la relación con personas del exterior era escasa, ya fuera por las características geográficas de su territorio -tiene en sus márgenes a los ríos Chicamocha y Suárez, que se unen para formar el Sogamoso (La mapoteca, s.f.)-, por la dificultad de trasladarse entre las montañas y el cañón del mismo Chicamocha o por la simple comodidad de la vida dentro del pueblo. Debido a esto, las familias que llegaron allí desde

Los apodos en Zapatoca

sus orígenes, se multiplicaron casándose entre sí, por lo que casi toda la población conserva aún los mismos apellidos. El historiador Mario Acevedo Díaz explica en un ejemplar de la revista Estudio el origen de los primeros pobladores del municipio:

“Zapatoca fue fundada por colonos españoles o descendientes de estos, que emigraron de la Península en los siglos XVII y XVIII, gentes de las más sanas costumbres, hidalgos campesinos que vieron en aquel pedazo de tierra una prolongación de las meseta de Castilla, exquisito marco para exaltar las virtudes y continuar la vida abacial de los viejos burgos castellanos al servicio de su Dios y de su Rey. Así, de sus primeros pobladores, los Serrano y Solano, los Gómez, los Díaz, los Forero, los Cortés, venían directamente de España; los Acevedo, los Plata, los Rueda, los Prada, los Ortiz, eran descendientes de ilustres familias españolas que se habían establecido en San Gil, Barichara, Guane y El Socorro.

En el censo de familias hecho en 1760, aparecen 226 familias desde la quebrada de Chimitá hasta Pao; y de este último sitio hasta Lubitoca, 108 familias; además 38 viudas en “todo el partido”. De todas estas familias solo se hallan 7 con apellidos de origen Guane: Cabarique, Chivatá, Ine, Taguada y Useche; todas las demás llevan apellidos españoles. Esto no quiere decir que del total de 372 familias, solamente 7 fueran Guanes; porque no pocas serían mestizas

y posiblemente algunas familias indígenas, habrían podido adoptar apellidos españoles. Pero lo cierto es que la gran mayoría de aquellas familias eran españolas o de origen hispano.” (Acevedo Díaz)

Zapatoca se erigió como una comunidad cerrada y ultra católica, lo que le valió el sobrenombre de “Ciudad levítica” debido al gran número de sacerdotes (de los que se guardan los retratos en la Parroquia) y monjas (de las que no se tiene registro fotográfico) originarios de la población. Este fenómeno se debió también a la población de origen español, para los que tener un hijo ligado a la Iglesia era una fuente de estatus. Por el mismo motivo de clase, de comunidad cerrada, aún después de más de 275 años, los nacidos allí aún conservamos los apellidos de la población que dio origen al pueblo (en la lista del colegio, apellidos como Díaz, Rueda y Serrano se pueden repetir incontables veces).

Es probable que, para que dichas familias pudieran distinguirse entre sí (unos Serrano de los otros Serrano), se crearan apodos para cada clan con el mismo apellido. Muchos de estos serían despectivos, debido a la rivalidad –por el mismo status- que existía entre varias de las familias. Si bien ese sistema en un principio generaba riñas entre los miembros de diferentes clanes (hasta el día de hoy hay algunos que se ofenden con su apodo por el cariz insultante de éste), se adoptó después como un complemento de los nom-

Los apodos en Zapatoca

bres de tal manera que, con el pasar del tiempo, varios fueron modificados por otros menos peyorativos.

Aún para distinguir entre los abundantes homónimos a una persona, muchos acuden a dicha nomenclatura. En mi caso, era común oír las historias de mi abuela donde, para nombrar a una de mis compañeras del colegio, se refería a ella como una familiar de las “sapas” (apodo correspondiente a la familia Serrano”) o se refirieran al chófer del bus como Óscar “Ñapa” (Gómez).

A pesar de ser tan común el uso de estos dichos en los adultos actuales, los fenómenos migratorios presentados en el municipio debidos a la expansión turística han dado lugar a la llegada de muchos apellidos que, hasta entonces, no eran comunes dentro del pueblo y no pertenecen a ninguno de estos clanes, por lo cual el sistema utilizado hasta entonces resulta inútil para nominarlos. Además, las generaciones posteriores al año 2000 –millenials- ya no lo adoptan con la misma frecuencia dentro de su lenguaje, posiblemente (no va más allá de una conjetura, puesto que no es el tema a estudiar) internet les han dado herramientas como las redes sociales para distinguirse de maneras diferentes a las tradicionales (ya cada quien tiene un perfil y se resalta más a sí mismo como individuo que como parte de una familia o clan). Por ello se puede prever una desaparición paulatina de esta costumbre albergada durante tantos años en Zapatoca.

Cindy Paola Gómez Prada

Se hace urgente, entonces, transformar esas pequeñas memorias que habitan en la oralidad y llevarlas a la escritura, donde la esencia –si bien no la verdad, porque los relatos estarán permeados por la memoria de los entrevistados y los recursos literarios de mi autoría- de los apodos pueda perdurar.

Los apodos en la escritura

Dentro de las investigaciones o escritos anteriores sobre los apodos familiares de Zapatoca se encuentran varios artículos en “Vanguardia Liberal”, el periódico principal de Santander, sobre esta costumbre peculiar en el pueblo. En “Me apodan zapatoca”, (Ardila Rueda, 2009) se hace un recorrido por los orígenes de la costumbre de poner apodos a cada familia, las repercusiones sociales que traía y las distinciones que se realizaban gracias a esta delimitación genealógica.

Hace también una recopilación de cada apellido con la lista de apodos que hay y cuenta, sin mayor detalle, las historias que circulan sobre el origen de un par de ellos. Además, cuenta varias anécdotas –constatables- sobre acontecimientos derivados de dichos apodos, como casos de homónimas, la repetición de nombres en lápidas del cementerio. En él nombra un proyecto audiovisual que Carlos Serrano estaba llevando a cabo. Sin embargo, al hacer la búsqueda por

diferentes medios no se encuentran referencias adicionales a la ya mencionada.

En el mismo periódico aparece “Zapatoca se divide en apellidos y apodos” (Patiño, 2016) donde, si bien se retoma la historia del origen de los apodos y sus repercusiones sociales, se diferencia por recopilar un material diferente al presentado por Carlos Serrano. El primero es –casualmente- un poema de Carlos Serrano –homónimo del artista mencionado en el artículo anterior- quien escribió una compilación de los apodos en forma de poema:

*“Hay Acevedo guáimaro
y los Acevedo mico,
los Acevedo birungo
y más, los caracolito.
Hay unos Díaz busca niguas...
y también los Díaz vegueños.
Unos que son Díaz piojosy otros que son Díaz corralejos.
Gómez huesos, Gómez pichos, y más los Gómez ovejas.
Hay los Martínez casquillo y los Martínez tominejo...
Hay los Prada potreranos y también Prada silencio...
con los Prada anticuario, plazuelanos y figueros.
Hay Pinilla huevo e’ pisca y Pinilla valladeño...
Hay unos Rueda floranos y otros Rueda camarilla,
multitud de Rueda Ramos y Rueda pepi-higuerilla...”*

En la página oficial del municipio se encuentran otros detalles sobre su origen y los apellidos origina-

Los apodos en Zapatoca

les. Además, existen documentos del centro de Historia del municipio que conservan material útil para conocer gran cantidad de apodos; sin embargo, su página está suspendida, por lo que el acceso a éste sólo es posible de forma física. A pesar de todo el material existente y del poema y del orgullo de exponer dicha particularidad del municipio, no existe un trabajo que retome todo lo existente en torno a los apodos y el material biográfico que hay en torno a ellos y lo ponga en las bibliotecas públicas, al alcance de los habitantes del municipio y otros lectores que puedan descubrir la inferencia que esta práctica tuvo en Zapatoca hasta hace poco tiempo y, además, encuentre a través de ello relatos que representen los usos y experiencias que hacen hoy parte de la historia socio cultural zapatoca.

La búsqueda de relatos

Gracias al material bibliográfico consultado y a conocimientos previos del área de prensa se tuvo especial cuidado en no alterar características de la oralidad campesina tratada. Se dieron explicaciones adicionales para lectores exteriores al municipio dado que, por cuestiones de entendimiento no se pueden omitir y, por cuestiones de respeto a la oralidad, no se deben remplazar.

Trabajar en la recolección de las historias conservadas a través de la oralidad fue parte fundamental del proyecto. Así pues, se empleó principalmente el método de la entrevista, debido a que nuestro principal insumo son esas historias que están almacenadas en la oralidad de cada familia. Además se hizo recolección de archivos que sirvieron no sólo como apoyo escrito -como las listas existentes de los apodos del

Los apodos en Zapatoca

pueblo- sino que, además, sirvieron para evidenciar los sucesos que se narran.

El método que se usó en primera medida para encontrar los relatos fue tratar con los grupos de la tercera edad existentes en el municipio. Gracias al contacto que mantienen las personas mayores gracias a estos grupos, se pensó que, en primera medida, sería fácil contactarlos y obtener esas narraciones desde las que fueran, probablemente, las últimas personas que llegaron a transmitir oralmente estos relatos. Digo las últimas acudiendo a la hipérbole porque, si bien algunos padres pueden contar dichas historias, la búsqueda de éstas se hace más fácil con los abuelos. (conocido gracias a consultas hechas a varios adultos jóvenes —contemporáneos- y adolescentes del municipio).

El problema de esta conjetura fue que, para el tiempo programado del primer viaje de exploración (una primera semana de diciembre), los grupos de tercera edad ya habían salido a vacaciones de fin de año, por lo que la tarea de conversar con los abuelos se hizo de forma individual, tanto en las casas de algunos como en el hogar geriátrico del municipio. En este último lugar el mayor inconveniente consistió en las lagunas de memoria de varios de sus residentes. Por ello, la tarea se volcó hacia las familias de conocidos, familiares y amigos de éstos.

Pero ¿qué se quería lograr de dichas entrevistas? Porque, si bien la historia de cada uno ya tenía un valor por sí mismo para el proyecto, era necesario que en dicha conversación se percibieran atisbos de la forma de vida de la familia (ya fuera religioso o en cuanto a formas de trabajo). Sin embargo, dado que mi trabajo no pretendía quedarse en el pasado, se les preguntó además si han contado a la historia a hijos y nietos. Esto se da con dos finalidades: la primera, confirmar la conjetura inicial de que los relatos se han quedado sin contar a través de las generaciones y la segunda, suscitar cierta curiosidad por la conservación de esas historias.

Ya obtenido esto, se procedió a la transformación de los relatos en la estructura de un cuento. Allí se usó la familia entrevistada como protagonista y se relató la experiencia que los llevó a ellos o a quienes los rodeaban a establecer ese apodo para distinguirlos de familias con el mismo apellido. Estos cuentos, como verán a continuación, están acompañados de algunas fotografías del municipio que tienen como objetivo presentar al lector ciertas características del municipio presentes en las narraciones.

Manual para entrevistas

Dado que la principal fuente de mi investigación provino de entrevistas, fue necesario realizar una guía que permitiera compartir con las personas de forma efectiva. Para la comprensión del proyecto y, por supuesto, generar cierta curiosidad alrededor de este producto final -que necesita regresar a aquellos que hicieron parte de las entrevistas y sus familias para cumplir con su función- se hizo una introducción al mismo y, posteriormente, se les preguntó por su familia en Zapatoca y los apodos que tenían.

Es importante recalcar que, a pesar de encontrar dos personas con el mismo apodo se realizó el ejercicio de entrevista con ambos para conocer si era posible la existencia de dos historias diferentes en torno al mismo apodo. Se concluyó con la pregunta sobre si sus nietos o demás personas de su familia conocía

la historia y, además, si usaban el apodo. Como no podía limitar la investigación sólo a los integrantes de los grupos de tercera edad, se formuló como pregunta final qué personas que ellos conocieran podrían contarnos las historias de sus apodos.

Las entrevistas, a grandes rasgos, estuvieron marcadas por las siguientes preguntas generales:

- ¿Cuál es el apodo de tu familia?
- ¿Conoces la historia de origen de tu apodo?, ¿Cuál es?
- ¿Quién te la contó?
- ¿Te ha parecido útil en la vida para distinguir personas del pueblo?
- ¿Se la has contado a tu familia?, ¿A quiénes?
- ¿Aún tus hijos y nietos usan ese apodo?

Historias de los apodos

Acevedo Guamero

Los sentidos funcionan como una máquina en el tiempo. El olor particular de un bombón de menta te lleva a una tarde lluviosa de viernes cuando veías una película con tus padres, o el sonido del teléfono de un transeúnte cualquiera te transporta al año en que tuviste el mismo tono y tu vida era un poco distinta, o una mañana especialmente fría te remonta a una triste noche a la intemperie. Así fue como, para los habitantes del municipio de Zapatoca, la familia Acevedo quedó relacionada con la finca “Las Guamas”.

Hace tanto ya que la propiedad está en la familia que, para los aún vivos, es imposible decir en qué año llegó el terreno a sus manos. Eso sí, los más viejos como don Pedro tienen conocimiento de que, al llegar a su poder, ya tenía el nombre de “Las Guamas”. La razón de dicha denominación saltaba a su vista porque muchos de los árboles que poblaban las tierras eran de esa especie. El evento era muy afortuna-

Los apodos en Zapatoca

do para adultos y niños: los unos aprovechaban para vender la fruta y los chicos, ávidos de sabores dulces, encontraban en la gran vaina colgante una golosina de fácil alcance.

La finca, por su cercanía al pueblo, se convirtió en un punto de referencia para los transeúntes. Y a su vez, se transformó en una referencia familiar. Si bien cuando adquirieron la tierra no se hizo la asociación inmediata, al crecer la generación de don Pedro, comenzó a percibir el cambio. Su apellido, tanpreciado, terminó relevado por un gentilicio que no pertenecía a su pueblo natal sino a ese pedazo de tierra donde él mismo había crecido y, aún generaciones después, su familia seguiría haciéndolo. Ahora él era reconocido como el papá de “Los Guameros”.



Sembradio de maíz en zona rural de Zapatoca. Cindy Gómez. 2017

Acevedo Guáimaro

Yo soy Alejandro, de los Acevedos dizque Guáimaros. Ese apodo viene por el lado de mi mamá. Es que por acá hay un árbol que se llama así. Yo conozco el palo. La mata que ya acabó de crecer es grandísima. Uno ve esas raíces inmensas que desde afuera se ensartan en la tierra. ¡Imagínese cómo serán las de adentro! La cáscara del guáimaro es gris y parece como si se desprendiera del árbol. Así es que uno se da cuenta que el palo es como rosadito por dentro. Si uno lo corta pa' hacer catres o sillas, se da cuenta de que la madera es como roja y casi en el centro se pone amarilla. Lo que uno haga con esa madera le queda bien resistente.

Me acuerdo mucho de que, en la finca en la que viví desde chiquitico, *habían* muchos árboles de eso. Lo que más me gustaba del guáimaro era que mi mamá usaba mucho las pepas porque son hasta buenas para

comer en la arepa. Es que en últimas eso es como una papa, pero tiene el tamaño de un *mamón* -mamoncillo-. También a las cabras y al ganado es muchísimo gustarles. Cuando hay cosecha los animales no salen de debajo del palo por robarse las pepas. Usté viera la pelea de mi mamá con esos muérganos.

Del porqué nos llaman los guáimaros se cuentan dos historias principalmente: la primera se dio porque en mi familia —cuentan, si usté me pregunta a mí no sé decirle a ciencia cierta— sacaban a vender las pepas al pueblo. Eso como había tanto árbol y no había que sembrar ni nada, lo poquito que se cobrara era ganancia. *Busté* sabe que la papa se encarece y a veces escasea. Uno aplica eso de que “con buen hambre no hay pan duro” y le encuentra reemplazo. Hasta en la sopa se deja echar la pepita. ¡Eso queda más bueno!

La otra historia es más relacionada con el aspecto del palo. Puede que *busté* ya no lo note porque uno está todo viejo y tiene la piel toda curtida, pero toda mi familia en sus años mozos era blanquita. Tan blanquitos eran todos que se veían casi rosaditos. Entonces, como la finca estaba llena de guáimaros (¿se acuerda que le conté que el palo por dentro era como rosado? y de un poco de *sutes* pálidos y larguiruchos, a la gente se le ocurrió que parecían hechos con el palo. Y guáimaros los dejaron. A ellos y a todos los que vinimos después.

Los apodos en Zapatoca

Eso es como lo que puedo comentar, de las cositas que me dijeron a mí cuando se me ocurrió preguntar que por qué nos decían así. Uno se topa con cosas que no conocía de la familia no más preguntando y vea, no me resultó ni tan desconocido porque igual crecí ahí mismito, corriendo entre esos palos y comiendo sopa espesada con guáimaro. Y hasta me gusta ese apodo. Con esos que tiene otra gente pu'ahí, que mico y que fara, por lo menos el mío cocina'o hasta bueno sabe.



Arboleda dentro del municipio de Zapotoca. Cindy Gómez. 2017.

Ardila

Machucamueertos

A ambos lados de la puerta de la catedral, a la altura de la vista de los transeúntes, hay dos puntillas. Usualmente, permanecen vacías. Sin embargo, su finalidad es sostener dos tablillas impresas a blanco y negro donde, escrito en letras cursivas, se anuncia el nombre de un familiar, amigo, conocido, vecino, que ha fallecido. En un pueblo tan pequeño como Zapatoca, la muerte no es un fenómeno usual. Así todos los que pasan por los alrededores del parque ven el resplandor blanco del papel y se acercan a ver quién pasó a mejor vida. Ahí comienza el rito final.

El calor humano acompaña todo el proceso, desde el velorio hasta la ceremonia de cuerpo presente. La amistad, el cumplimiento de un acto de misericordia o la simple curiosidad copan los asientos de las misas de entierro, que son anunciadas con un tañido diferen-

te, solemne, de las campanas. La peregrinación para dejar al fenecido, extrañamente, sale por una puerta lateral. Su cercanía con la calle que lleva al cementerio la hace una vía muy tentadora, sobre todo cuando el tránsito del ataúd hasta el final del camino se hace sobre los hombros de los dolientes. Sin embargo, hay una última tarea, fundamental, que se desarrolla en estricta soledad: la pala que cava, alista la plaza y, ante la vista de todos, cubre de tierra el féretro. Ésa era la labor de Alejandro Ardila.

Todos se conocían. Todos compartían el mismo colegio, las mismas calles, el mismo sol. Todos, al morir, pasaban por la pala de don Alejandro. Era el único sepulturero del pueblo. Por sus manos habían pasado ataúdes de todos los tamaños, de diferentes pesos y colores. Por su mirada comprensiva habían pasado las lágrimas de muchos esposos, amigos, hermanos y padres que perdían los estribos del dolor y amenazaban con hacer compañía al féretro en el fondo de la fosa. Por su pala había resbalado la tierra que cubría a muchos difuntos que, después de años de reposo y descomposición, tendrían como destino final un osario. Sin embargo, era tan cercano al pueblo yaciente como al vivo.

Además de su trascendental y peculiar profesión, don Alejandro era conocido por su alegría y espíritu bromista, lo cual era aún más extraño al ser una persona que tenía por ocupación la muerte. Su jovialidad

Los apodos en Zapatoca

era tan apreciada por sus conocidos, que el velo tenebroso de la muerte era descornado por los chistes que le gastaban a propósito de su trabajo.

-Que'hubo, mano, ¿Ya se va a machucar muertos?- le decían desde un café del parque cuando lo veían pasar camino al trabajo.

- Más bien deje de zamparse esa mano'e cerveza porque lo voy a terminar machucando es a usted. Hágase no más- contestaba, en medio de risas, don Alejandro.

El chiste, generado de forma espontánea, se trasladó de una conversación a otras que, incluso, lo excluían. Su profesión dejó de ser llamada 'sepulturero' de la noche a la mañana. Ya su mujer y sus hijos eran la mujer e hijos de Alejandro el 'machucamuertos'. El apodo perduró aún cuando él había abandonado su profesión. Continuó, a pesar de que don Alejandro pasó de proveer el servicio a ser el cliente sobre el que caían las paladas de tierra.



Cementerio del municipio de Zapatoca. Cindy Gómez. 2017.

Díaz Marinilla

En la primera mitad del siglo XX, Zapatoca fue una tierra próspera a nivel comercial. Desde tabacaleras y procesadoras de café hasta plantas de gaseosas tenían lugar en ese pequeño municipio. Adicionalmente, era cruce comercial entre la capital santandereana y otros pueblos aledaños, por lo que había constante tráfico por sus carreteras. El municipio de la provincia de Mares¹ era el epicentro cultural, religioso y comercial de su región -con la debida omisión del mercado petrolero en Barrancabermeja, valga aclarar-.

A pesar del constante tránsito por su cabecera municipal y de las calles amplias pobladas de belleza, Zapatoca carecía de reconocimiento turístico. En épocas especiales como Semana Santa y las Ferias de la Cordialidad y el Retorno –en Puente de Reyes-, era visitada por habitantes de los pueblos vecinos. Eran pocas las ocasiones en que algún visitante foráneo se instalaba a pasar unas largas vacaciones. Probable-

mente, esa fuera la razón por la que el amigo de don Antonio Vicente Díaz llamó tanto la atención.

El acento casi cantado de sus palabras y su jovialidad atraieron como abejas a los zapatocas, quienes en los dos meses de estadía del señor Elías se contagiaron de sus dichos y bromas. Si bien su aspecto no era muy diferente a la piel blanquecina quemada por el sol de muchos zapatocas, encontraban fascinante la característica rapidez para hablar del este paisa, que había decidido pasar una temporada lejos de Marinilla –Antioquia-, su tierra natal. Por eso, cuando las vacaciones llegaron a su fin y Elías volvió a casa, muchos lo echaron de menos.

Las preguntas, que oscilaban entre lo directo y lo sutil, daban a entender que lo que comenzara como hospitalidad, forjó en los contertulios más asiduos aprecio por el forastero. A las expresiones “¿dónde dejó al paisa, viejo Toño?” o “¿se le cayó Elías del bolsillo que se le perdió?” respondía con un calmado “está –anda, vive, se topa- en Marinilla”. Y a pesar de que la información que daría don Antonio se mantuviese inmutable, las preguntas llegaban a diario.

Tal era la frecuencia con la que se hacía mención a Marinilla que, en un momento dado, la pregunta se disolvió como un eco. La única partícula que quedó de las formulaciones se resistió tanto a quedar en el olvido que se aferró, con todas sus fuerzas, al nom-

Los apodos en Zapatoca

bre de Antonio Vicente. Ahora, era don Antonio Marinilla. Aunque no hubiera nacido, ni vivido allá –sin embargo iba cada lustro de visita-, esa tierra se transformó en su nueva identificación.



Calle empedrada del municipio de Zapatoca. Cindy Gómez. 2017.

Durán Mochocoro

El aire de los tiempos pasados aún se respira por las calles. Al caminar por los pasajes empedrados de Zapatoca, los transeúntes se ciegan con el reflejo del sol contra las fachadas de las casas. Parece otro siglo de vestidos pomposos, ajuares y homilías en latín, de espaldas a los feligreses. Y aunque los jeans han tomado posesión de los roperos y el español de las iglesias, la esencia de las tradiciones se conserva dentro de las típicas paredes de adobe.

Son esos muros de apariencia avejentada -pero gruesa y resistente- los que resguardan una de las mayores costumbres de la zona, contra las que la industria, con el poder avasallador de su publicidad, no ha podido salir victoriosa: la fabricación y venta de guaro. Esta bebida, proveniente de tiempos de imposible recordación, era un imprescindible de los largos jornales, donde cada trabajador llevaba a cuestras un chucho² rebosante del líquido.

Su preparación, al igual que la del guarapo del occidente del país, tiene como elemento principal la miel de la caña de azúcar –o en su defecto panela-. Sin embargo, su toque especial está en el fondo las vasijas, tradicionalmente de barro (hoy la hacen incluso en tanques de plástico), donde los cunchos –supias- fermentan el líquido hasta otorgarle un nivel de alcohol considerable. Este licor, preparado normalmente en las fincas, llegó hasta los pueblos donde algunas casas lo vendían a los campesinos en los días donde bajaban a la plaza de mercado con sus productos. Dentro de estos lugares solía habitar Edinson Durán.

Aunque tenía su casa en la cabecera municipal, su asiduas dormidas en las guaraperías era harto conocida tanto por su familia como por los demás habitantes del pueblo. Era ya común verlo salir de estos sitios con paso trastabillante hasta el parque, donde se refugiaba en alguna banca, ojalá bajo las ramas de un guayacán. Sospechaba que su familia iría a buscarlo por los expendios de licor, como siempre, para reprimirle por su conducta. Pero su acto desesperado por ocultarse resultaba torpe al utilizar el lugar más público de todo el pueblo como escondrijo. Y así, la luz fragmentada por las hojas del árbol desaparecía por la sombra nítida de su mujer, que llegaba a sacarlo de su modorra.

-¡Vea, verraco carcamán, ¿usté dónde es que andaba metido que no llega a la casa ni a dormir?! ¡Ústele

Los apodos en Zapatoca

a dormir esa perraj- lo increpaba la esposa. Sus ojos apenas reaccionaban. Fruncía el sueño por el dolor de cabeza y el fastidio por la luz, que llegaban como efecto del exceso y, sin pensarlo mucho le decía –jay, andaba donde las mochocoras!- a su señora. Ésta miraba con vergüenza a los espectadores de tal escena y, acto seguido, empujaba a la pesada figura que apenas se despega del asiento. El guion de sus borracheras era idéntico. El desfile extravagante del hombre de caminar bamboleante y su mujer, que lo sigue con paso recto y mirada desafiante, saca risas y pesares a las señoras que se asoman a chismosear por las ventanas. –A ese Edinson ya lo sacaron de las greñas de donde las mochocoras- decían entre risas, a la hora del almuerzo.

Entre idas donde las mentadas ‘mochocoras’ para colmar la rabia de su esposa, y las voces en constante murmullo, el apelativo se trasladó de las supuestas mujerzuelas a su persona, constante evocador de la pesada broma. El mote de ‘mochocoro’ creció, como una bola de nieve, por el mismo camino de la vergüenza que recorrían cada vez que la beodez lo hacía representar la misma escena. Sin embargo, lo que parecía una venganza casi planeada terminó como parte de su apellido, pues el resto de su familia fue también acreedora de tal denominación. Como si no fuera ya suficiente con escucharlo de su padre.



Vista de la Parroquia San Joaquín y las copas de los árboles del parque de Zapatoca. Sandra Gómez. 2017.

Gómez Mecho

Cuando el sol asoma su llamarada sobre el horizonte, pequeñas velas comienzan a encender su luz en la catedral. En una nave lateral del templo, tubos de parafina de múltiples tamaños arden como muestra de agradecimiento o simple devoción de los feligreses.

En las primeras filas de bancas, unas voces susurran repetidamente avemarías. Las cuentas se mueven por sus manos después de cada ‘amén’. Turistas atraviesan la puerta principal y contemplan los pasos del viacrucis, las figuras, el gran cuadro del bautismo de Jesús. Sin embargo, la iglesia cobra vida mucho más temprano.

Poco antes de las cinco de la mañana, don Luis Antonio Gómez entra a la casa parroquial. En silencio desliza sus pasos y saluda al párroco, que ya se ha despertado para sus oraciones matutinas. Atraviesa el templo bajo la mirada imperturbable de los santos de

yeso. El eco de sus pasos llena el lugar. Abre la portezuela que da al campanario y sube por unos escalones en espiral de una madera que parece desmoronarse ante el mínimo avance. Cuando la hora exacta llega, él toma con sus manos la gran soga. Las campanadas de las cinco de la mañana resuenan por todas las calles.

Pasado el peligro del descenso a tierra, don Luis corre a preparar la misa de las seis. Misal, alba, cíngulo, estola, purificador, patena, hostias, caliz, copón, custodia, hisipo, acetre, vinajeras. Todo listo. A las cinco y media abría las puertas del templo. Las señoras que comenzaban su día con la misa, los campesinos que llegaban al pueblo a vender sus productos en la plaza, los que madrugaban a trabajar. Los que cumplían una penitencia. Allí se reunían un par de rostros con el sueño borrado por la fría brisa del alba. Don Luis esperaba acompañando el rezo del rosario, siempre predecesor de la fiesta eucarística.

Faltando cinco minutos para el comienzo de la ceremonia, apenas podían oírse algunos susurros. En medio de ellos, la voz de Luis Antonio anunciaba: -Bueno, voy a prender los mechos-. Dicho esto tomaba una suerte de pabilo (un largo pedazo de tela endurecido por la cera), encendía un extremo y prendía los dos cirios que acompañan la celebración de todas las misas. Hecho el procedimiento, se retiraba. El padre podía necesitar algo más para comenzar.

Los apodos en Zapatoca

Todas las acciones se sucedían de acuerdo con lo planeado. Las lecturas, la homilía, la ofrenda. Cada elemento ritual era coordinado por los pasos sigilosos de don Luis, como si no quisiera romper con la solemnidad. Así pues, él procuraba que la bolsa de la ofrenda –limosna no, ofrenda- sonara lo mínimo con las monedas que se escanciaban de las manos de los asistentes. Apenas ese ruido pasaba, todo parecía fluir más rápido. La gente, se levantaba y sentaba cuando el cura levantaba y reposaba el cuerpo y la sangre de un Cristo -hechos pan y vino-.

Consumado el acto de la comunión, todos se sienten en paz. Cuando el cura indica la hora de darse la mano, muchos pasan el saludo por la banca en la que están, y las contiguas. Nadie queda sin recibir los buenos deseos de sus paisanos. Don Luis, aunque no puede dar la mano, envía una paz en forma de humo blanco, que flota desde la parte trasera del altar con el aroma dulzón del incienso. La misa se da por terminada. La voz ‘demostramos gracias a Dios’ es el último coro que retumba.

La iglesia se vacía a medias. Algunas señoras esperan en sus asientos un par de minutos para hablar sobre la homilía -no sermón- y encender un par de velitas como muestra de devoción a María Auxiliadora, quien tiene una gran imagen en la nave derecha del templo.

-El padrecito sí que le metió energía al sermón de hoy, ¿o no, comadres? Les decía don Luis a las señoras, apostadas al lado de una de las monumentales columnas.

-Sí, compadre. Menos mal. Si no yo me hubiera quedado dormida. Figúrese que mi'ja llevó al nieto y ese berriando no me dejó dormir- interpelaba la señora.

-Ay, qué peca'ó, comadre Cleo. Péremen tantico apago los mechos- replicaba el sacristán.

Dicho esto, se dirigía con el matacandelas en la mano a apagar los cirios. Reposaba el artefacto sobre la columna y volvía hasta donde la señora Cleotilde y su vecina esperaban. Preguntaba por el esposo, que no había podido ir y las despedía para continuar con las labores de limpieza que estaban destinadas para el día. Apenas sus pasos se perdieron, las señoras soltaron una risa ahogada por el pudor. En la casa del señor nadie puede soltar carcajadas.

Se tomaron la libertad de hacer un chiste sobre 'prender los mechos' cuando elevaron sus súplicas parafinadas a la virgen y, además, contaron a sus maridos la anécdota de la misa de alba. Así, de mañana en mañana, otros feligreses que lo saludaban caían en la cuenta de su curiosa expresión. Pronto, en las casas, comenzaron a llamar don Mecho a Luis Gómez. Para la llegada de la misa dominical, varias familias

Los apodos en Zapatoca

estaban a la expectativa de encontrarse el sacristán y escuchar su expresión. Pero no fue hasta que la voz de un niño pequeño, de oídos inquietos y boca imprudente, arrojó un ‘buenas, don Mecho’ en medio de los asistentes. Fue la primera vez que don Luis se permitió soltar una carcajada dentro del espacio del templo y también sería la primera vez que, para el pueblo, su familia quedaría nombrada como ‘Los Mechos’.



Capilla del Barrio San Vicentico en Zapatoca. Cortesía Fotomarquet

Gómez Pintuco

Evocar recuerdos y sentimientos placenteros ha sido el pilar de gran parte de las estrategias publicitarias. Desde los comienzos del mercadeo, las marcas se han esforzado por generar pautas que establezcan un vínculo con sus potenciales compradores para esa empatía se transforme, al final del día, en ventas. Además de la avalancha de comerciales, suelen imprimir su imagen en un sinfín de objetos que se expanden, como un virus, por el campo visual de cualquier individuo: cuadernos, lápices, relojes, pisapapeles, resaltadores, sombrillas, linternas o cualquier artilugio puede ser usado por las empresas para que vendedores, como don Francisco Gómez, entreguen las pequeñas piezas a los visitantes de su local.

Don Francisco era dueño de la única ferretería del pueblo. Por ello, todos los hogares acudían a él para conseguir aditamentos para construir o hacer arreglos. Con la exclusividad de su lado, el negocio era

un éxito. Tal era el auge de su pequeño puesto que, por la carretera sinuosa que daba al municipio, cada mes llegaban un par de camiones con los suministros necesarios para abastecerlo. La llegada de pequeños detalles por parte de sus proveedores era tan constante como la emoción de Francisco al recibirlos.

El tipo de artículo que enviaban dependía del tamaño de la marca. Las firmas pequeñas y con poca fama preferían objetos de menor valor como bolígrafos que, comprados al por mayor no generaban un gasto significativo. En cambio, las compañías con un alto reconocimiento, como las pinturas o las cementeras, optaban por elementos más elaborados y llamativos. Aunque Francisco solía entregar todos los obsequios a su clientela, conservaba los que, a su consideración, eran los mejores de toda aquella mercancía: las camisetas.

- Eso se lo mandan pa' que lo reparta, no pa' que se haga con chiros- reclamaba su mujer cuando llegaba del trabajo con una bolsa nueva de camisetas.

-¿Pa qué me voy a poner a gastar en más ropa, mija?, vea que todo eso llega buenecito y listo pa' estrenar. Además vea que no las compré. No me duele ensuciarlas trabajando- replicaba Francisco, en son de chiste. Entonces su mujer, rendida ya, respondía –ay, cáñchese lo que quiera. Vaya por el mundo pareciendo un galón de “Pintuco”- y cerraba la discusión.

Los apodos en Zapatoca

Aunque doña Hortensia, su señora, no sacaba del baúl de su esposo las prendas para evitar una pelea, quería encontrar una forma de ejercer presión sobre él para que dejara de usarlas. Fue entonces que comenzó a llamarlo “Pintuco”. Cada vez que ella cruzaba la puerta del taller y lo veía con una de sus camisetas patrocinadas, lo saludaba con un “Que’hubo, Pintuco” dicho en voz alta, para que escucharan todos los clientes. Él, que pretendía no enojarse y seguirle el juego, le respondía con un “que’hubo, Pintuca”. -Vea, Pintuco, aquí le traje el almuerzo- informaba la señora antes de ir de vuelta a casa.

Francisco sólo reía ante la ocurrencia de su mujer, agradecía el almuerzo y seguía en su labor. Este gesto comenzó a repetirse en cada visita, frente a clientes distintos. La mujer no se percataba aún, pero pronto aquellos que habían presenciado su pequeña venganza comenzaron a incorporar el mote, antes tan privado. Sin embargo, el título de “Pintuco” no se limitó sólo a su marido. Descubrió que la broma se salió de control cuando, una mañana de mercado, una vecina que caminaba detrás de ella exclamó -¡Pintuca, espéreme!-. Aunque ella se hizo la desentendida, pronto la señora alcanzó sus pasos. La verdad era ineludible: gracias a su pequeño truco, había convertido a su familia en una valla viviente.



Montañas por la carretera Bucaramanga Zapatoca y el puente Guillermo Gómez Ortíz. Cindy Gómez. 2015.

Gómez Travieso

En la falda de las montañas de Zapatoca, donde el calor emanaba de la tierra, era común ver sembradíos de caña de azúcar. Si bien no se consolidaba el municipio como un imperio azucarero, tenía una producción notable de panela. El dulce producto abastecía a varios municipios aledaños y, gracias a su abundancia, constituyó a su alrededor una industria de confitería donde melcochas, cocadas, arrancamuelas y bombones antojaban a nativos y visitantes. Sin embargo, nuestra historia parte de un punto mucho más remoto.

Los grandes cultivos de caña no requerían mucho cuidado para su crecimiento. Las fincas donde tenían grandes extensiones sembradas, no empleaban mucho personal para cuidar del crecimiento de las plantas; mas la llegada del tiempo de corte traía consigo una gran demanda de personal. Para los jornaleros, los sembradíos de caña eran una gran oferta laboral. A los días de corte y recolección, se sumaban las faenas

de extracción de su savia. En los tiempos en que Enrique Gómez trabajaba en las fincas, el motor de los trapiches eran los bueyes que, sujetos a un mecanismo rudimentario de poleas, daban vida al mecanismo.

Don Enrique, al igual que sus hermanos, pasaba sus días entre los cañaduzales. Era reconocido en las fincas del pueblo por su agilidad en las labores del campo y su inagotable energía para enfrentar las faenas. Sin embargo, la característica que más resaltaba de su personalidad era su afición por las bromas. No perdonaba a ningún compañero. Desde ir a hurtadillas para asustar a algún desprevenido hasta echar pepas de ají en las bebidas pasaban por su historial de pilatunas. Sus hermanos, además de colegas, eran víctimas asiduas.

Pronto estas travesuras fueron conocidas por los dueños de las fincas. Los patrones comenzaron a llamarlo como don Enrique “Travieso”. El apodo se extendió. Sus hermanos, por simple asociación, también cayeron bajo este nombramiento. Los compañeros de jornada caídos en las bromas de Enrique encontraron una venganza, dulce como la misma panela, en usar el obligado pseudónimo en todo momento. El nombre tardó poco tiempo en tomar carretera hasta el pueblo. Como el refrán que decía “lo que se hereda no se hurta”, las generaciones que les siguieron continúan con la que sería, hasta hoy, la broma más larga de don Enrique.

Portal de entrada a finca en zona rural de Zapatoca. Cortesía Fotomarquet.



Guerrero Pote

Si algo caracteriza a los habitantes de las montañas agrestes del gran Santander –Norte de Santander y Santander del sur- es su peculiar forma de hablar. Desde la pronunciación acentuada, como en estacato, de las sílabas hasta la jerga utilizada conforman una expresión ruda, desafiante, que invoca los versos “siempre adelante, ni un paso atrás” de su himno departamental. Vocablos como sieso, picho, jecho, pingo, jincho, arrecho, toche, chulo, achila, tórtolo o raspacho conforman una jerigonza que excluye a cualquier recién llegado. En medio de ese lugar, en las tierras de Zapatoca, nació Ernesto Guerrero.

Ernestico era un sutecito que andaba a la pata de sus jechos todo el tiempo. Con sus hermanos era mucho lo que ayudaban; pero, como todo muchachito, tenía sus ratos de chalequiar. Eso sí, era muy tragón. Ese zurrón no podía ver una olla del arroz mal parqueada porque tenía que ir acabando en el raspacho.

Los apodos en Zapatoca

Pero por eso también creció sanítico el verriondo. Ya saben: grande, cachetón y colorado.

El chuequito fue creciendo rápido. Lo primero que uno pudo como ver es que de pingo no tenía un pelo. Eso lo veía un por ahí abejorreando que con la noviecita y nada más uno tanteaba cuánto iba a echarse en organizarse y formar familia. Lo bueno no era de los que andaba desguarambila'o por ahí. Bien arregladito sí salía. Además que buen trabajador sí era, entonces así sí valía la pena para la muchacha. Usted sabe que el que se casa quiere casa y el costal para la plaza.

En nada ya estaba teniendo sus propios chuequecitos. Una de esas cosas que se le quedaron a uno es que cada vez que nacía uno, se les quedaba viendo la jetica. En el caso del primero, cuando lo vio dijo: ah el mismo pote –cabeza- mío, mínimo sale con el geniecito de la mama. A las enfermeras y señoras de por ahí les pareció muy chistoso. Con los otros chinitos hizo lo mismo de mirarles la cabecita después de nacer, pero ya no hacía referencias a la mamá o a él sino que decía: ah, tiene el pote lo mismo que los otros. Ya cuando iban a buscar el bebé para llevárselo pa' la casa el médico decía: váya y tráigame al potecito. Ya las señoras se las encontraba uno en la calle y le decía a uno: ay, muéstreme el potecito. Ay, tan bonito el chinito. Y los que estaban en la escuela también los conocían como potes. ¿Y cómo se zafa uno de esa guachafita si el taita fue el que comenzó con esa joda?

Así, el mote de la familia de Ernesto Guerrero crecía a medida que sus hijos llegaban al mundo. Tan fecundo fue el proceso que dio vida al apodo que, si bien el personal del hospital se había ido y los vecinos ya no eran los mismos, todo niño que nacía dentro de su círculo era inmediatamente reconocido como “Pote”. Poco importaba que a los niños no les gustara, aquella palabra de su padre, tío, abuelo, había caído sobre ellos aún antes de que cayera un solo sello sobre su registro civil.

Vista de los tejados naranjas de Zapatoca desde la torre de la Parroquia. Cortesía Fotomarquet.



Pérez Ta' que timbra

A las 5:30 de la mañana, la casa de los Pérez encendía los fogones. A diferencia de las demás, allí lo único que había sobre la estufa eran ollas de agua. Dentro de los recipientes gigantes, gran cantidad de litros del líquido se calentaban hasta el punto de ebullición. El contenido de dos ollas se guardaba, inmediatamente, en termos para preparar aromáticas. Con las otras dos se hacía un café de suavidad incomparable que se almacenaba en contenedores similares. Arnulfo Pérez acomodaba los frascos en el carrito. Antes de salir, él mismo abría uno de los termos del café y tomaba una taza. Era su primera venta del día.

El carrito de don Arnulfo era carro común de alambre con ruedas; de esos que las abuelas usaban para ir a la plaza de mercado los sábados en la mañana. Sin embargo, él le había puesto un aditamento: en la parte superior de la manija tenía un timbre de bicicleta. Así, después de tomarse el acostumbrado café, salía por

Los apodos en Zapatoca

su casa con el carrito y accionaba el timbre cada dos puertas para avisar su paso por el lugar. Caminaba hasta el parque para ofrecer sus bebidas a los abuelos que siempre madrugaban a sentarse en las bancas. Después –sin abandonar el toque del timbre cada dos puertas- enfilaba sus pasos hacia la plaza de mercado, donde los campesinos descargaban sus mercancías y las señoras iban a comprar los productos más frescos.

Con el paso de los años, el carro de don Arnulfo seguía siendo el mismo. El timbre anunciaba su paso por las calles donde sus clientes, acostumbrados al sonido, esperaban la llamada. Cuando alguna vez demoraba su camino en una conversación, era usual que los vecinos salieran a la calle y, al ver a otro preguntaran “¿ya pasó Arnulfo?”. Y sus vecinos, usualmente respondían “tá que timbra”. Tal era la frecuencia con la que los habitantes acuñaban esta expresión que, aún sin tener “velas en el entierro”, don Arnulfo comenzó a ser llamado “ta’ que timbra”.

Ya su carrito no circula por las mañanas zapatocas. Sin embargo, el inconfundible sonido de bicicleta sigue perennemente asociado al aroma del café y las tisanas que Arnulfo Pérez se levantaba a vender cada mañana. Hasta hoy, en las calles, el pasar del viejo con su caminar cansado y las manos aferradas la una a la otra a falta de algo más, recuerda los tiempos donde, cada dos puertas, el timbre de su carrito tintineaba para anunciar su presencia.



Vista aérea del municipio de Zapotoca. Cortesía FotoMarquet

Prada Huevero

La composición de montañas elevadas y suaves planicies son el paisaje natural de Zapatoca. Para transitar sus terrenos, los habitantes dibujaron sobre las laderas una familia serpenteante de trochas, caminos de herradura. A través de estas rutas, muchas veces escarpadas, los campesinos viajaban a las fincas vecinas a labrar la tierra, mover el trapiche, segar la maleza. En otros casos, arreaban las mulas con los productos que extraían con sus manos. Así, al igual que muchos coterráneos, trabajaban los Prada.

Las jornadas comenzaban antes de despuntar el alba. El ordeño de las vacas y la recogida de los huevos de las gallinas eran las primeras tareas pendientes. Apenas la dueña de casa tenía los insumos en su cocina, separaba los huevos de la preparación del desayuno y hervía, aparte, agua para cocer los destinados a la merienda de quienes salían a trabajar. Dada la predilección de la familia por esta proteína, cada uno

llevaba tres para restaurar energías durante el día.

Ya con los bultos de mandarinas o tomates sobre los hombros, alcanzaban a sus bestias, listas para recibir el peso de sus funciones. El paso por las trochas era más lento que seguro. Por ello siempre, en medio de sus viajes, el hambre les hacía parar. De sus mochilas sacaban *aguae'panela* y huevos cocidos. Aunque comían todo, siempre dejaban evidencia de su paso por el camino.

Con la constancia con que Hansel³ dejaba caer las migas de pan por el, los Prada dejaban las cáscaras del huevo cocido de la merienda al lado del camino. Si bien ellos no necesitaban la guía para volver sobre sus pasos, el rastro era encontrado por los demás campesinos que atravesaban el trecho. —*Por aquí pasaron los hueveros, a ver si nos topamos con ellos*—, se decían entre sí.

La costumbre, tan arraigada entonces, se deshizo con los nuevos caminos, los cambios generacionales. Ahora, si bien el huevo está presente en sus dietas, las cáscaras ya no quedan abandonadas a la orilla del camino. La recua de mulas fue reemplazada por camiones. En algunos casos, la finca cambió por una casa en el pueblo. Sin embargo, los hermanos, hijas, y nietos que les sucedieron llevan el rastro de sus antepasados anclado en forma de apodo.

Montañas en zona rural del municipio de Zapatoca. Cindy Gómez. 2017.



Rueda Cazafaras

Como recuerdo de las prácticas arraigadas en la humanidad desde el principio de los días, en el pueblo santandereano seguía vigente la caza. Por tal motivo, era común para muchos habitantes obtener la carne de diferentes especies silvestres. Desde palomas hasta tinajos e iguanas eran parte del menú improvisado de los platos, derivado de la oportunidad y de la riqueza de fauna en la región.

Si bien usualmente los santandereanos tenían muy pocos prejuicios a la hora de escoger sus presas, había algunos que causaban reticencia. Ése era el caso de los faras. Estos pequeños animalitos, comúnmente conocidos como zarigüeyas, eran —y siguen siendo— uno de los tantos habitantes que circulaba por las afueras del municipio, cerca de las casas. Dada la fama de tener costumbres carroñeras, la mayoría de personas solían dejar libres a los especímenes que caían víctimas de las trampas, dirigidas normalmente hacia conejos o

Los apodos en Zapatoca

iguanas. Sin embargo, había casos especiales en los que se daban festines con la subvalorada especie.

Uno de esos casos era el abuelo de los Rueda. Aunque en sus fincas tenía ganado y pollos destinados a la ingesta, solía acomodar trampas para roedores grandes alrededor de la casa, con el único fin de atrapar a los faras. Dadas las costumbres omnívoras del animal, dejaba buenas raciones de fruta, provenientes de los árboles de los alrededores, y huesos de pollos en su interior. El pequeño marsupial, de costumbres nocturnas, ya reconocía con su olfato la fuente fácil de alimento proveída por el astuto cazador. Así acudía hacia la jaula. Apenas el animal entraba, cerraba su puerta.

A la mañana siguiente, después del desayuno, el abuelo salía de la casa con machete en mano. Se acercaba a revisar, una por una, las cuatro trampas que había puesto la tarde anterior. Si encontraba algún botín, metía la mano a la jaula y, sin protección alguna, agarraba a su presa por la nuca. El animal era extraído. Su verdugo daba un golpe seco con el lomo de su machete. La víctima abandonaba todo movimiento. Ahora, ya inanimado, tendría por destino final las fauces de su captor.

El abuelo volvía a casa feliz con su pequeño trofeo en mano. La esposa, que a esa hora preparaba el desayuno, siempre reclamaba porque, sin ningún reparo

por la suciedad del animal, lo dejaba sobre el mesón de la cocina donde ella aún preparaba el desayuno.

-¡Qué vaina tan arrecha con usted, ¿no?! ¡Cada vez que se topa con un bicho jarto'e mugre lo tiene que traer a la cocina! ¡Vaya lave ese animal!- exclamaba la esposa con tono recio.

-¡Ah, hija, ¿no ve que es pa' la comida?! ¡Ya lo saco, pues!- Respondía, resignado, el abuelo.

Con paso cansino se dirigía al lavadero a limpiar a su fara. Apenas le sacaba la suciedad con agua, tomaba un cuchillo de la cocina y separaba la piel del ejemplar. La carne rojiza comenzaba a aparecer tras cada corte. Con la agilidad otorgada por la práctica, sacaba el cuero de una sola pieza (ya haría algo con él). Con la carne desnuda, hacía una gran incisión desde el pecho hasta el vientre y extraía las entrañas. Seleccionaba las partes comestibles (casi todo). Con el animal ya limpio y despresado, volvía a entrar a la cocina.

-Ah, ¿ve que sí podía?- aseveraba la esposa- Siéntese que ya está el desayuno.

En ese mismo comedor donde tomaba el desayuno, comería horas después la porción de su presa. Y, al igual que esa vez, muchas otras se alimentaría con faras atrapados en sus trampas. Orgulloso de su dieta, no tardaba en contar a sus amigos del pueblo cuántos

Los apodos en Zapatoca

faras había comido y cuán deliciosos los encontraba. Tal era la impresión de estos que pronto acuñaron el apodo de ‘cazafaras’ para él. Poco tardaría ya en convertirse en un mote extendido a su familia, los mayores testigos de su controvertida tradición.



Portal en cerco de piedra en zona rural de Zapatoca. Cortesía Fotomarquet.

Rueda Chique

El clima de suaves brisas templadas de Zapatoca – no por nada llamada *la ciudad del clima de seda*– desciende vertiginosamente con la cercanía de la noche. El fluir de la corriente de aire es sólo interrumpido por el calor de las casas que, con su puerta abierta de par en par, deja escapar el sabor del chocolate caliente y el pan recién hecho. Para el transeúnte desprevenido y con frío, esta sensación es como una invitación a pasar. Así le sucedió, en la tarde que relataré, a una vecina de doña María Eugenia Rueda.

La señora cruzó el umbral al grito de “¡buenas, buenas; vecina!” y atravesó el largo zaguán⁴ hasta la cocina donde, con gran velocidad, doña María Eugenia agitaba el chocolate con un molinillo. La cocina, que era un salón de gran amplitud, era dominada por un mesón de barro enchapado por lajas y una estufa de leña que, a pesar de calentar todo a la perfección, llenaba de tizne la base de las ollas. La anfitriona puso

un grueso aro de alambre en el mesón y, sobre éste, reposó la olleta. Acomodó dos pocillos –para ella y su visitante- y sirvió la bebida espumosa. Fue al rincón de la cocina y, de un aro similar al que soportaba la olleta, desató una bolsa y de ella extrajo pan dulce.

Por toda la cocina se podían observar estos aros, hechos de alambre o madera, en múltiples tamaños. Por eso, apenas se sentaron en una mesita a disfrutar de la merienda, la vecina no pudo retener su curiosidad. -¿Cómo?! ¿Y tu'ese montón de chiques que tiene pu' acá?- Preguntó. Entonces doña María señaló las múltiples figuritas que tenía distribuidas por el espacio de su cocina y nombró, una a una, las funciones de los curiosos círculos.

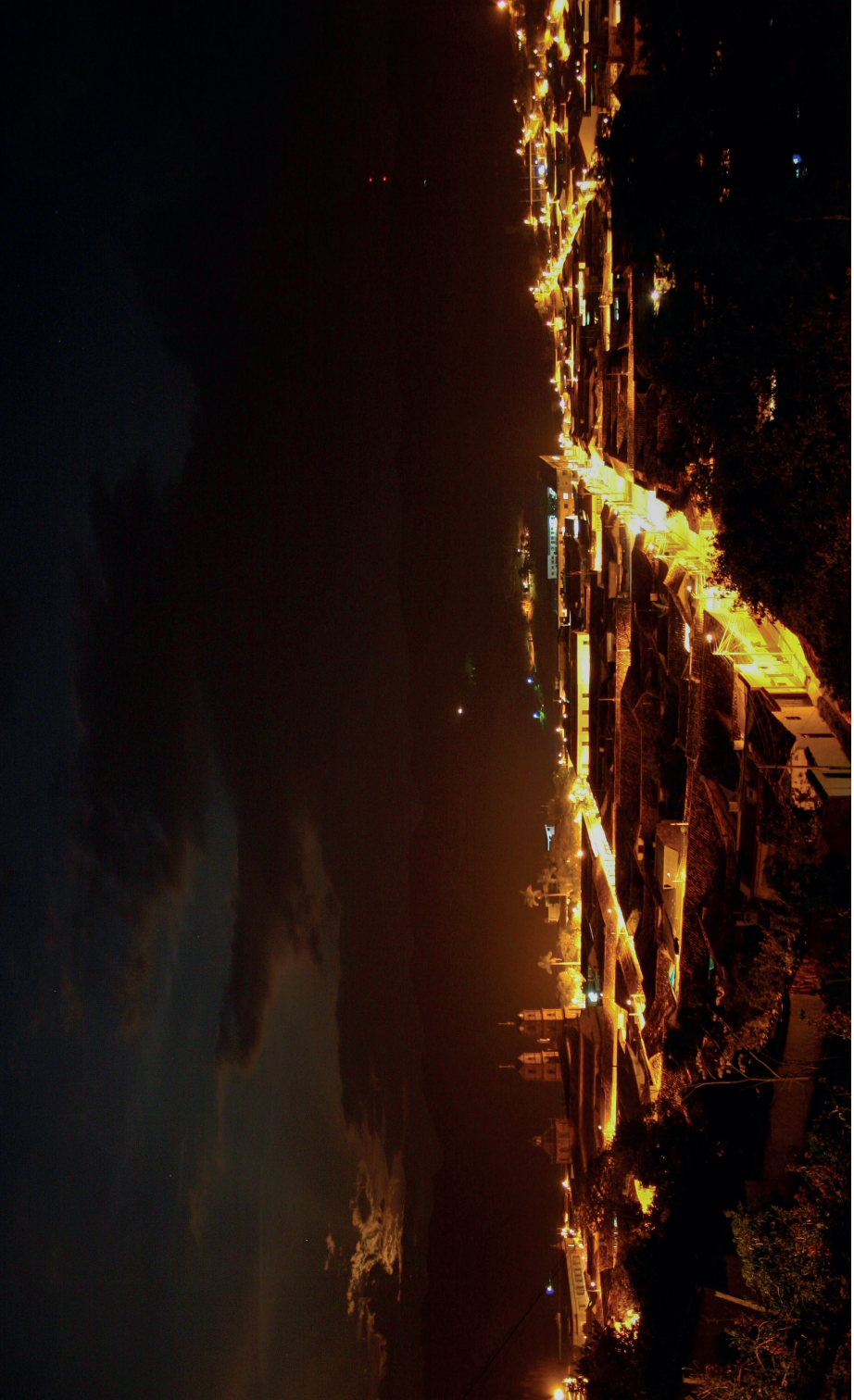
-Éste es pa' que no se tizne el mesón, est'í otro es pa' que el gato no me alcance el pan. Éste pa colgar la mantequilla y los que hay allá es pa' otras ollas.- Explicó doña María Eugenia a su visitante, como si fuera imposible ignorar la multifuncionalidad de sus figuras. La vecina reía ante el ingenio de su anfitriona, que hizo de un artilugio tan simple un manojo de soluciones.- Ay, vecina, pero ésta es la casa de los chiques- respondió al fin, conteniendo una carcajada que ansiaba salir.

La merienda, así como la tarde, llegaba a su fin. La visitante abandonó la casa –no sin antes agradecer el calor de la comida y las risas- y llegó a la suya. Pare-

Los apodos en Zapatoca

cía otra tarde normal. Sin embargo, algo cambiaría en adelante. Cada vez que esta vecina tenía que referirse a la casa de doña María decía “allá en la casa de los chiques”. Acto seguido relataba el jocoso encuentro con su colección de particulares utensilios.

Así, como el viento que corría cada vez más fuerte con el pasar de las horas, las voces que contaban la historia de ese encuentro se multiplicaban. Así, no sólo doña María Eugenia pasó a ser la señora Chique, sino su marido, sus hijos, sus nietos que, en adelante, fueron portavoces de la práctica que, con meticulosidad, se llevaba a cabo en la casa de la matriarca.



Caída de la tarde en Zapatoca. Sandra Gómez. 2016.

Rueda Consentido

En Zapatoca son pocas las casas donde no hay una mascota. A su vez, son pocos los hogares donde los llamados “perros de raza” tenían cuna. La mayoría de campesinos y habitantes del pueblo tenían a su lado amigos de cuatro patas con un aspecto que difícilmente podría asociarse a alguno de los fenotipos tan codiciados en las tiendas de ciudad. Había perros híbridos, mestizos, mezclados. Muchos perros. Hogareños, finqueros, callejeros, abandonados. Había, además, gente con mucho amor para los perros, que tenía varios albergados en su hogar antes de que el término adoptar se acuñara en el imaginario. Había los que pateaban a los pobres caninos cuando tenían la mala fortuna de entrar en la catedral, lugar de puertas abiertas —a menos de que fueras perro—.

Tan poco era el flujo vehicular y tanta la libertad de estos animales que éstos seguían, sin lazos de ningún tipo, a sus dueños hasta el parque. Algunos, incluso,

iban hasta allá sin supervisión de nadie. Una vez en la plaza principal, las mascotas eran objeto de múltiples contemplaciones por parte de los habitantes. Los humanos eran una fuente constante de agua fresca, juegos y bocados de comida (culpables de que muchos de los especímenes frecuentes del sector fueran regordetes). Sin embargo, unos mimos destacaban sobre todas las demás formas de cariño que se gestaban sobre las bancas del parque : nadie más hablaba a los animales de la forma en que lo hacía Faustino Rueda.

En un pueblo dominado por el recio hablar santandereano, de fuertes acentos y escasez de diminutivos, las contemplaciones de don Faustino con las mascotas causaban curiosidad en humanos y animales. No eran pocas las veces en las que un “*titititititi venga pa’cá, consentido*” era emitido por el señor frente a la vista estupefacta de los dueños del perro o gato. Sin embargo, su frecuente cariño con los animales era tan sincero y la reacción de los consentidos era tan abierta, que muchos de los perros del sector iban a él cuando lo encontraban en el parque.

La costumbre estuvo arraigada durante tanto tiempo, que ese “*consentido*” con el que solía mimar a los animales que llegaban a la plaza, pasó a ser parte de su nombre. Así Faustino, el amante asiduo de los perros, terminó siendo “*El Consentido*” para todos los habitantes que alguna vez dejaron a sus mascotas acercarse hasta él.

Fuente de piedra en el Barrio San Vicentico, bebedero ocasional de animales. Cindy Gómez. 2017.



Rueda Minuto

Un tañido de campana anunciaba el comienzo del día. Apenas el quinto golpe contra el bronce penetraba por los resquicios de las puertas, las luces se encendían. Así, cada media hora, la voz brillante de la parroquia recordaba el correr del día a quienes rondaban por el parque o se alistaban para ir a misa. Era inevitable, entonces, dar un vistazo al reloj en las muñecas y comparar la sincronía del movimiento de las manecillas con el aviso de la torre.

El mecanismo oculto de engranajes que componía los relojes de cuerda era, por su complejidad, una obra de arte. Si bien estos aparatos tenían un transcurrir libre de los límites de las baterías, su sistema inexacto de alimentación dejaba en vilo la infalibilidad propia del paso del tiempo. Así surgía a menudo la irónica visión de un reloj a deshoras. Y así tenía origen, a su vez, el arte de don Alberto Rueda, que hacía de faro para las manecillas perdidas en el mar del tiempo.

Los apodos en Zapatoca

Don Alberto entendía la función de las pequeñas piezas del reloj que, abierto, daba la sensación de un cuerpo tendido frente a un cirujano. Con delicadeza profesional, movía las piezas del objeto yacente. Al final, después de una vuelta de tuerca, el reloj despertaba con su imperturbable tic tac. Como un corazón después de sobrevivir a un paro.

Gracias a su labor de filigrana, don Alberto tenía el poder de controlar el tiempo: los retrasos y antelaciones de sus clientes dependían de sus manos. Para realizar el diagnóstico sobre sus pacientes, siempre realizaba a misma pregunta a sus dueños:

-Buenas, don Alberto. Le traigo este coroto para que me lo arregle. Vea que se me atrasó- Le dirían sus clientes alguna vez. En otros casos, el problema que aquejaba a sus aparatos serían los adelantos. Sin embargo, la respuesta del relojero sería la misma para ambos casos. -¿Cuántos minutos, mi señora?- Respondería. Fueron tantos los relojes como las veces que respondió de esta manera. Así pues, sus clientes habituales –casi todo habitante del pueblo- se acostumbraron a llamarlo “minuto”.

Su alma se fundió con el tiempo en su infinito andar. Aunque los relojes de cuerda ya no existen -al igual que él-, su leyenda perdura en el que fuera su local, en el sonido del campanario con el cual todo el mundo comparaba la hora. Su recuerdo se perpe-

Cindy Paola Gómez Prada

túa en las voces que aún llaman minuto a sus hijos y nietos, como si invocaran a don Alberto a un segundo concreto del infinito a donde ahora pertenece.

El Camposanto, cementerio antiguo del Municipio de Zapatoca. Cortesía Fotomarquet.



Rueda Muleto

Todo el mundo ha oído la expresión popular “es más terco que una mula”. A pesar de que la apreciación se estima como cierta, es el instinto de preservación de estos híbridos -entre caballos y asnos- el que hace que sus ejemplares sean tan apreciados en las labores campesinas. Una mula se niega, por ejemplo, a seguir con su faena cuando se siente demasiado exhausta. Esto la exime de morir por agotamiento, un flagelo común en los caballos. Además, aunque mantenga la misma seguridad en los pasos que el burro, su energía y capacidad para cargar peso deja rezagado a su competidor, de una laboriosidad bastante conocida. Por todas estas características, el animal de carga se ha mantenido desde la antigüedad como compañero de trabajo ideal del ser humano.

En los territorios agrestes del cañón del Chicamocha, donde las montañas rocosas parecen desmoronarse al contacto, las mulas se afianzaron como la

Los apodos en Zapatoca

opción más segura para los arrieros. Sin embargo, la subyugación a las órdenes humanas no era una condición natural de las bestias y, para amansar su temperamento, era necesario adiestrarlas desde que apenas son muletos. En el pueblo de Zapatoca, don Rafael Rueda era el encargado de esta tarea.

El entrenamiento de estas crías no era tarea sencilla. El brío de las mulas, aún en edades tempranas, hacía que sólo una persona dotada de paciencia bíblica y gran experiencia pudiera garantizar un entrenamiento exitoso. A pesar del conocimiento del grado de dificultad, fueron muchos los dueños que, tan tercicos como su muleto, decidieron tomar la tarea en sus manos. El fracaso era inevitable. Ya fuera por tacañería –prejuicio adherido al gentilicio zapatoca- o por pereza, se retractaban de su intento de autogestión y tomaban la determinación de ir en búsqueda del adiestrador. Aún la familia recuerda las innumerables ocasiones en que, durante una tarde cualquiera, llegaban a tocar a la casa de los Rueda.

Doña Adelina, mujer de Rafael, oía la puerta desde el zaguán, donde pedaleaba con juicio en su máquina de coser.

-¡Siga, siga!- gritaba sin cesar en su labor.

En varias ocasiones, algún muchacho enjuto (efecto de crecimiento en la adolescencia) cruzaba el largo pasillo hasta la máquina para cumplir su función de

mensajero. –Señora Adelina, es que mi papá mandó a preguntar para cuándo tiene tiempo don Rafael de ir a la finca, que es que hay dos muleros de lo más ariscos-. Ella lo mandaba a sentar y le ofrecía limonada para aplacar su sed dado que, probablemente, fuera enviado desde alguna finca corriendo hasta el pueblo, sólo para entregar ese recado.

La señora, que solía conversar con su familia durante la cena, recordaba cuando su marido comentaba que alguien había cancelado la amansada de un animal. -Como si enjalar a una bestia alborotada fuera soplar y hacer botellas. Espere que eso en tantico vuelven con el rabo entre las piernas- expresaba don Rafael con despreocupación al respecto. Ahora la cara preocupada del chico, que esperaba su respuesta, le daba la razón a esas palabras.

Así, aunque había otros adiestradores de caballos y burros, Rafael Rueda afianzó su fama como único amansador de muleros del pueblito. Debido a esto, ya ni siquiera utilizaban el nombre para buscarlo. Que lo nombraran como “el de los muleros” se hizo común entre los dueños de bestias. Sin embargo, al igual que muchos nombres que se simplifican con el paso de los años, esa forma de llamarlo terminó en “El Muleto”.

La juventud y la vida de don “Muleto” se agotó mientras enfrentaba a una de las bestias ahora, gracias al celebrado mote, tocayas. Tal vez la última visión

Los apodos en Zapatoca

de su vida fuera la cerca alambrada del potrero o las piernas musculosas del equino que entrenaba. Y tal vez, el espíritu albergado antes en su cuerpo se liberara en ese espacio y corriera indómita como esas crías que quedaran, ante su partida, sin adiestrar.



Portal en el comienzo de un camino. Zapatoca. Cindy Gómez. 2017

Rueda Pela'o

Los rayos de sol matutino rompen las nubes y parecen pintar de color las buganvillas del parque. Los ladrillos de la catedral proyectan sus tonos cálidos sobre la plaza. Tal es la energía que emana del lugar que las personas se reúnen allí sólo a pasar el tiempo. Planes anodinos como tomar el primer café del día o entablar una conversación casual suceden sobre las banquetas de cemento que bordean el parque. Algunos habitantes, como Josefito Rueda, tienen incluso un grupo de amigos con los que la reunión diaria es irremplazable.

A horas muy tempranas, cuando las gotas de rocío aún se aferran al césped para no caer, los primeros integrantes del inusual grupo se acercan al punto de encuentro. Mientras esperan a los demás, se enfrascan en la visión de las palomas que, en su búsqueda de comida en el piso, caminan por el atrio de la catedral. Cuando el último pasa de la conversación, caminan

hacia uno de los cafés que quedan frente al parque. Piden un “tintico” cada uno.

La mezcla entre la calidez de las bebidas y el alegre tañido de las campanas contagia al grupo. Las carcajadas y los chistes se suceden como eslabones de una cadena. Sin embargo, el tinto se enfría. Apuran lo que queda en los pocillos y los dejan sobre la mesita de material aglomerado. Acabado el último chiste algunos presentes preguntan: “¿y a quién le toca pagar hoy?”

El pequeño grupo del café en el parque tiene como costumbre establecer una rotación en la que cada uno de sus integrantes paga la cuota diaria de café. Así, cada vez que llegan a la pregunta de quién pagará, le recuerdan entre chistes su obligación al amigo y éste se dirige a la caja. Sin embargo, no siempre resulta tan fácil. Cada vez que la rotación señala a Josefito como el próximo en pagar, él hace cara de impotencia mientras dice a sus compañeros: “estoy pela’o, mano”.

Josefinto se aferra a su excusa con tanto ahínco que sus amigos no tardan en hacer bromas sobre su tacañería. Que los zapatocas son llamados tacaños por gente como él o que van a moler maíz para hacer arepas a la “Josefito” (de maíz pela’o), son algunos de los chistes recurrentes. Así, entre la peladez y las arepas, don Josefito es reconocido como el pela’o.

Los apodos en Zapatoca

Las bancas de cemento son fantasmas. El parque, hoy remodelado, carece de la vieja sombra de los árboles vetustos que antes albergaba. De esos tiempos y mañanas quedan, apenas, algunos viejos cafés y muchas palomas (aunque no las mismas de entonces). También queda el apodo pela'o en sus hijos y nietos como la historia de ese Josefito de bolsillos vacíos a la hora de pagar la ronda de café.



Alrededores del parque principal. La mayoría de puestos son cafeterías y venta de licor. Sandra Gómez. 2016.

Rueda Pelusa

Algunos dicen que es el camino de herradura que labró Lengerke por los genes de los zapatocas. Otros apuestan por el abolengo español imperante en la sangre de los habitantes del pueblo. Unos –pocos- consideran que pudo existir en algún pasado remoto una raza indígena que heredase a las generaciones actuales el tono blanquecino de sus pieles y los ojos claros tan característicos en la región. La gran mayoría, al ser tan natural el hecho, no ahondan en razones. La tez pálida era tan común que la pregunta formulada equivalía a preguntarse por qué dos manos y dos pies.

Sin importar de cuál de las teorías se deriva el aspecto físico de las persona con raíces en Zapatoca, las características saltan a la vista de cualquier foráneo. En grupos particulares como la familia de don Adolfo Rueda, estas cualidades llegan a un punto máximo. Su piel, enrojecida por el sol de las jornadas delataba un pasado de tierna blancura. Sus miradas, de tonos

verdes y azules podrían haber confundido a turistas que, de no ser por el acento marcado, los habrían tomado por visitantes europeos.

A pesar de mantener la similitud, una particularidad los hace llamativos incluso a los ojos de sus semejantes: la claridad del pelo. El aspecto casi blanco de su abundante melena resultaba muy llamativo incluso para sus coterráneos, que decían encandilarse con el reflejo de sus cabellos. Y aunque hasta el momento este tipo de observaciones se habían limitado a comentarios aislados, sólo hacía falta la luz y el ángulo correcto para que la imagen de Adolfo quedara enmarcada en la memoria de generaciones.

Aunque la madre de los Rueda prefería ir a la misa mayor (a las diez de la mañana) cuando su marido debía quedarse en la finca, los días en que estaban todos en casa iban siempre a la iglesia a las cuatro. Como el comienzo de los domingos en familia incluía un piquete con carne asada y yuca, el grupo prefería pasar la primera parte del día en el sopor que sucede a una comida tan generosa. Nadie quería caer dormido mientras el cura daba el sermón. Así, reposando en la sala con un tintico, les llegaba el momento de arreglarse. El almuerzo era por fuera, el restaurante de doña Rosita tenía cabrito con pepitoria los domingos.

A dos cuadras del restaurante estaba el parque. Todos, caminando con los brazos enganchados, se en-

Los apodos en Zapatoca

caminaron a tomar una de las bancas. La mujer y sus dos hijas tomaron asiento y don Adolfo, para dejarles espacio suficiente, decidió seguir de pie. Pronto los divisó una familia vecina. Estaban conversando sobre el pueblo y algún matrimonio celebrado la noche anterior cuando, de la nada, la niña menor se para en la banca y señala a su papá.

-¡Papi, papi, vea!- dice la niña exaltada, apuntando al cuello de su padre.

Don Adolfo, con cara de confusión, le responde-¿Qué tengo, Carmencita?- mientras con la mano se sacude algún probable bicho.

La niña, que sigue señalando al cuello, exclama – ¡mi papi tiene pelusa!-.

Su madre, que se pone de pie para examinar el cuello de su marido se percata de que el efecto que su hija achaca a la pelusa no es más que el reflejo del sol sobre los vellos pálidos de don Adolfo. Una carcajada brotó abiertamente de sus labios y contagió a sus contertulios. Todos celebraban la ocurrencia de la niña, incluido don Adolfo. Con esa sensación liviana que deja en el corazón la felicidad, entraron a la catedral.

Si bien esperaban que los ecos de ese pequeño chiste rondaran por un tiempo, no sospechaban la escala que tomaría la anécdota. Cada vez que se encontraban en el sitio, los vecinos llamaban a don Adolfo como

“Pelusa” y él, aludido por el comentario, respondía al vocativo. Algunos de los transeúntes desprevenidos que oían el mote al pasar, preguntaban con disimulo el porqué de ese apodo; otros se limitaban a repetirlo sin fijarse en la historia detrás. Tal fue la expansión del nombre que, de pronto, sus hermanos, tíos, esposa e hijas fueron bautizadas de igual manera. La pequeña pilatuna de su Carmencita se había transformado en una pequeña bandera que aún sigue ondeante en los rasgos de sus descendientes y la voz de los habitantes del pueblo.

Tarde soleada por las calles de Zapatoca. La modelo, mi madre. Cindy Gómez. 2017.



Rueda Tronera

La tierra de Zapatoca está surcada por cicatrices. Los pies de los campesinos y sus mulas marcan con cada paso la capa superficial del suelo. Tal es la constancia con la que los caminantes toman la ruta que, lo que comenzara como pastizales, termina como señal clara de camino transitable. De a poco, una línea se dibuja en la falda de la montaña.

Estos caminos de herradura son la autopista por la que circulan los productos que llegan cada día al pueblo. Para que la plaza principal esté llena de frutas y verduras frescas a horas tempranas, muchos agricultores como José Rueda cargan sus bestias antes del amanecer. Cruzan las trochas sin necesidad de luz alguna. El rastro blanquecino de la ruta es apenas perceptible, pero las mulas están acostumbradas al camino y los ojos, habituados a buscar en la penumbra, orientan al caminante. Pronto la luz diurna hace presencia y aliviana la carga del resto de viaje.

Los apodos en Zapatoca

Al parque principal llegan carretas, caballos, buros, mulas. Incluso perros de finca que, en contravía de sus funciones de guardianes, decidieron seguir a sus dueños. Los campesinos instalan sus puestos sobre la calle de la plaza. Don José se ubica al frente de la Caja Agraria. Los antes cultivadores y después arrieros pasan a hacer las veces de vendedores. Durante el día de mercado rara vez descansan. Sin embargo, todos los jueves, las personas que madrugan a comprar víveres o a ir a misa se encuentran con una figura descansando, al lado, en una acera.

-Buenas, don José, ¿qué se me cuenta?- le dice alguna señora que, canasta de mimbre en mano, camina para comprar la yuca para el almuerzo.

-Bien, hija. Yo aquí descansando esta tronera-. Le responde mientras mira al final de su pantalón remanado. Debajo de éste sobresale una gran úlcera.

La curiosidad de la compradora se transformó en una exploración casi médica. -Ay don José, échese agüita de caléndula en la mañana y en la noche que eso es bendito pa' esas llagas. Y sancoche un poquitu'e matarratón y se pone las hojas ahí y eso en tantico sana-, sentencia la señora. Don José, con cara de desconsuelo, responde con un -ay, hija, Dios quiera sirva- y se levanta con dificultad.

La *tronera* de Don José no abandona su pierna. Cada semana, hasta el día de su muerte, el viejo toma

un tiempo de su jornada para sentarse en el andén a aliviar el dolor en su extremidad. Todo comprador del mercado le pregunta al pasar cómo sigue esa úlcera, la “tronera” que él menciona al que pregunte cómo está. La llaga sigue.

El puesto vacío saluda a los canastos de mercado. —Qué pesar don “tronera”, se dicen unos a otros. Fueron tantas las veces que Don José asoció su llaga con una grieta —o tronera— que poco tiempo faltó para asociarlo a él con esa palabra. Dicha tronera se contagió, gracias al dicho de las gentes, a sus familiares que -aunque tengan la piel sana y no ocupen el andén frente a un mercado que ya no funciona allí— siguen siendo, con el paso de las décadas, los Rueda Tronera.



Paredes y tierra en caminos de entrada a Zapatoca. Cindy Gómez. 2017.

Serrano

Chochagrande

No son pocas las personas ajenas al municipio que se sonrojan al oír que a Juan Serrano, un joven larguirucho con la piel tostada por el sol, le dicen Juancho ‘chochagrande’. Aunque a ‘Juancho’ le hace algo de gracia, muchos de sus primos y hermanos encuentran, si bien no ofensiva, algo embarazosa la mención del mote familiar. Contrario a lo que puede pensar el ojo externo, desentendido de contexto, el apodo heredado por Juancho proviene del profundo catolicismo de su entorno.

Juancho y sus siete hermanos pasaban el día, abracados por el sol, en la labranza de la tierra. Salían todas las mañanas de su casa en el pueblo a la vereda ‘La Cacica’ a cumplir sus labores en la finca de uno de sus tíos. Aunque eran muy jóvenes, trabajaban sin pausa hasta la caída de la tarde. Al volver a casa se

Los apodos en Zapatoca

sentaban en el comedor. Su madre, en silencio, acomodaba los platos rebosantes de comida. Los hombres, famélicos después de la jornada, devoraban su ración en un santiamén. Algunos, incluso, osaban repetir. En casa no faltaba la comida.

Una vez abandonaban la mesa, el punto de reunión pasaba a la sala. Todos se sentaban mientras su papá traía la camándula de chochas para rezar el rosario. Las pepitas –chochas- por las que estaba constituida la cadenita tenían dos tamaños: las pequeñas que indicaban los repetidos avemarías y eran en total cinco grupos de diez. Las grandes, que separaban las hileras anteriores, marcaban el cierre del grupo de oraciones con tres ‘glorias’ y el comienzo de otro nuevo misterio –hecho extraordinario que se enuncia antes de comenzar con rezos idénticos a los anteriores-. Ya con él en mano, comenzaba la sesión ‘en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén’.

Aunque el encuentro diario de la familia no parecía diferenciarse del ritual de las demás casas, había un hecho muy particular que rompía con la uniformidad: si bien se solía anteponer la palabra ‘gloria’ al último avemaría para que los acompañantes supieran que iba a finalizar esa parte, el papá de los Serrano anunciaba el cambio con ‘ahí viene la chocha grande’, haciendo referencia a la composición de su camándula. A sus oídos, acostumbrados a la expresión, el chiste era invisible. Sin embargo, cuando se reunían con los

vecinos, éstos se debatían entre la risa y la ofensa al escuchar sus palabras.

Después de esto, para sus conocidos resultó natural llamarlo ‘El Chochagrande’. La voz creció en el pueblo como un eco y pronto estuvo el mote en la garganta de cada zapatoca. Para Juan –Juancho, Juanchocha, Juan Chochagrande- no era extraño el apodo y menos aún el motivo. No le importaban las interpretaciones erróneas: el ‘ahí va la chocha grande’ eran los tiempos lejanos, las noches en familia. Era la voz de su padre arrancada del silencio de la tumba.

Iluminación en las gradas del Camposanto un 7 de diciembre. Cortesía Fotomarquet.



Notas al pie

¹ Debido a las raíces españolas en la creación de los pueblos santandereanos, el territorio departamental tiene distribuido su territorio en siete provincias: Comunera, García Rovira, de Vélez, Guanentá, Soto, Yariguíes y de Mares. Aunque esta división carece de repercusiones, ya sean políticas o económicas, se mantienen vigentes dentro de la población.

² Los chuchos son recipientes hechos con el fruto del totumo donde los jornaleros solían transportar el guarapo. El totumo se vaciaba y secaba para hacer las veces de contenedor y, para el uso dentro de la casa, se cortaba a la mitad y se convertía en una especie de taza de base redondeada llamada totuma.

³ El cuento clásico de Hansel y Gretel.

⁴ El zaguán es el espacio que sigue a la puerta de entrada y hace las veces de recibidor. Es común en las casas de estilo colonial.

Bibliografía

Acevedo Díaz, M. (s.f.). Nuestros ascendientes españoles. Estudio(143), 263.

Alcaldía de Zapatoca- Santander. (11 de Julio de 2016). Zapatoca Santander De todos, para todos. Obtenido de http://www.zapatoca-santander.gov.co/informacion_general.shtml.

Ardila Rueda, E. (29 de Noviembre de 2009). Me apodan zapatoca. Vanguardia Liberal.

La mapoteca. (s.f.). La mapoteca. Obtenido de <http://lamapoteca.com.co>.

Patiño, P. (9 de Marzo de 2016). Zapatoca se divide en apellidos y apodos. Vanguardia Liberal.

En la intersección entre las cosas que podía considerar interesantes en mi experiencia y aportes que pudiera hacer a alguna parte del planeta, recordé las largas conversaciones con mi abuela cada tarde de domingo cuando, después de cada misa de cuatro de la tarde, íbamos por un helado. Nos sentábamos en la salita, la una frente a la otra, mientras las historias fluían y los espacios se anegaban de sombras nocturnas. Esa pequeña que era yo, llena de porqués, preguntó alguna de esas tardes por su apodo, que era igual a una marca de pintura y, en efecto estaba relacionado porque hubo, dentro de los negocios familiares, una ferretería donde vendían dicha marca. Desde entonces, nos identificamos como los Gómez "Pintuco".



Universidad
del Valle



Escuela de Comunicación Social
Universidad del Valle